

## **Jesús, el mediador de un nuevo Pacto**

Hebreos 8:1 al 10:18

## **La superioridad del sacrificio de Cristo**

Hebreos 9

## **Necesidad del derramamiento de sangre**

Hebreos 9:18-22

### **Introducción:**

Los cristianos de los siglos primero y segundo fueron acusados de canibalismo debido a su insistencia en “beber la sangre” y “comer la carne” de su Mesías o Salvador. Esto sonaba aterrador, bárbaro y primitivo para las mentes ilustradas por la filosofía griega. De la misma manera en nuestro siglo, cada vez se hace más difícil hablar de la redención, la expiación, la muerte substitutiva y la necesidad del derramamiento de sangre para el perdón de los pecados. Incluso, dentro del cristianismo algunos prefieren no hablar de la justicia divina que requiere el derramamiento de sangre para la remisión de los pecados, pues, según ellos, eso hace presentar al Dios cristiano como un ser terrible, aterrador, lleno de venganza, con sed de sangre, primitivo y burdo.

No obstante, los hagiógrafos de las Sagradas Escrituras no encuentran incompatibilidad alguna entre el amor y la misericordia divina con su justicia, santidad e ira. Los atributos del Dios que se revela en las Sagradas Escrituras se encuentran en perfecta armonía, de manera que él ama a Adán y a Eva, aún luego de revelarse contra él y viste su vergüenza usando la piel de un animal, es decir, a través del derramamiento de la sangre. Las dos cosas juntas, amor y perdón, pero estas expresiones solo se pueden dar a través de un sacrificio que exige su justicia y santidad, pues, el hombre ha pecado y ha violado los mandamientos divinos.

El autor de nuestra carta ha expuesto en varias ocasiones la necesidad de la sangre en el plan redentor, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Pacto:

En Hebreos 2:14 dijo que el Hijo de Dios participó de carne y sangre, con el fin de destruir al que tenía el imperio de la muerte, es decir, al diablo, a través de su propia muerte.

En Hebreos 9:7 afirmó que los sumos sacerdotes no podían entrar al santo de los santos sin sangre, esta era necesaria ofrecer ante Dios por los pecados del sacerdote y del pueblo.

En 9:12 dice que Jesús, nuestro Sumo Sacerdote, obtuvo eterna redención para su pueblo por el derramamiento de su propia sangre.

En 9:13-14 contrasta la eficacia de la sangre de Cristo, la cual puede limpiar la conciencia del adorador, con la sangre de los toros y animales que en el antiguo pacto solo podían purificar externamente.

Y ahora, en los versos 18 al 22 del capítulo 9, nuestro autor sagrado afirma que la necesidad de la muerte no es exclusiva del Nuevo Pacto, este no es un concepto que se inventó en el siglo primero, sino que el Antiguo Pacto también requería la muerte y el derramamiento de sangre para satisfacer las demandas divinas.

### **v.18 “De donde ni aún el primer pacto fue instituido sin sangre”.**

En el verso 15 el autor había dicho que la muerte de nuestro mediador fue necesaria para la remisión de los pecados, asegurando con su sacrificio que los herederos recibamos la herencia eterna. El verso 18 y los que siguen, son la continuación o ampliación de dicho argumento. Para muchos judíos era incomprensible que el verdadero Mesías haya sido muerto a través de crucifixión bajo el poder del imperio romano. Es posible que algunos maestros judíos estuvieran tratando de convencer a los que se habían convertido al cristianismo de lo absurdo de nuestra fe, pues, cómo es posible pensar que el Salvador, el Ungido, el que recobraría el trono de David para siempre, haya muerto en una cruz. Ellos dirían, Jesús fue un farsante, el verdadero Mesías gobernará y destruirá al imperio romano. Pero la verdad es que el Rey Mesías había escogido el camino de la muerte y el sufrimiento para establecer su reino de paz y reconciliación. Y el autor demuestra que esto fue necesario, debido a la terrible condición del género humano y la miseria en que el mundo quedó luego de la entrada del pecado a través de Adán y Eva.

Y el mejor ejemplo de que la muerte era necesaria para establecer ese reinado glorioso de los hijos de Dios, de pureza y perfección, lo evidencia el establecimiento o la inauguración del Antiguo Pacto. Este pacto que Dios había hecho con los padres de Israel fue ratificado

por un sacrificio solemne en el cual hubo derramamiento de sangre. Aunque en el griego el autor no usa la palabra pacto, sobreentendemos que cuando dice “primer” se refiere al primer pacto, pues este es el tema del cual viene hablando.

Por lo tanto, no es de extrañar que si el primer pacto fue instituido y confirmado con el derramamiento de sangre, es decir, la muerte de una víctima, el nuevo pacto, el cual Dios había prometido a través de Jeremías (31:31) y Ezequiel, también requiriera la muerte de una víctima, pero siendo que el Nuevo Pacto sería superior como nos lo dejan ver las profecías de Jeremías, entonces estaría basado en un sacrificio cuya sangre tenga un valor superior a los que se hacían en el Antiguo Pacto.

De manera que este argumento del autor es un golpe fuerte para los judíos que se burlaban de una religión cristiana basada en la muerte de su Salvador, y a la vez demuestra a los griegos que la expiación, la muerte de una víctima no es contraria a la razón y la lógica, pues, siendo que hemos pecado contra el Santo Dios, entonces su justicia debe ser satisfecha. En esto no hay nada de absurdo.

Ahora, con el fin de demostrar la necesidad del derramamiento de sangre, el autor no se limita a decirnos que esta fue necesaria para el establecimiento del Antiguo pacto, sino que nos declara los usos que se le dieron a la sangre en dicha dispensación, con el fin de mostrarnos los alcances de la sangre derramada de Cristo Jesús, en el Nuevo pacto. Y ¿Cuáles fueron estos usos? La purificación y el perdón. (v. 22).

Es necesario tener en mente este propósito del Espíritu Santo, pues, de lo contrario nos perderemos en los detalles que el autor da y que no aparecen en la descripción de Éxodo 24, donde se narra la ceremonia en la que se usa sangre para confirmar el antiguo pacto. Quiso la mente sabia del Señor usar detalles que se encuentran en otros textos de las Escrituras con el fin de mostrarnos la profundidad y alcance de la sangre de Cristo derramada en la cruz del Calvario.

El verso 18 empieza con las palabras “*de donde*” o “*por lo tanto*”, lo cual confirma la regla general de que así como fue necesaria la muerte del testador en el nuevo pacto, derramando su sangre preciosa, de la misma manera el antiguo pacto, para ser ratificado requirió la muerte o el derramamiento de sangre, en este caso, de animales, pero muerte finalmente.

**v. 19 “Porque habiendo anunciado Moisés todos los mandamientos de la ley a todo el pueblo, tomó la sangre de los becerros y de los machos cabríos, con agua, lana escarlata e hisopo, y roció el mismo libro y también a todo el pueblo”**

Aquí el autor se remite especialmente al momento en el cual Dios da la Ley a Moisés en el Monte Sinaí, cuya narración se encuentra en Éxodo capítulo 24. Este momento es considerado como la inauguración o el establecimiento del pacto entre Dios a Israel.

Aquí encontramos los elementos fundamentales de un pacto: Dios, es la parte principal, quien de manera unilateral, como en un testamento, decide otorgar gracia especial para una con una pequeña nación. La otra parte es Israel, ellos son los objetos del pacto. Pero también encontramos estipulaciones, La Santa Ley del Señor. Un mediador: Moisés. Y una confirmación del pacto: la sangre de los becerros.

Moisés subió al Monte Sinaí y estuvo allí cuarenta días escuchando la voz de Dios y escribiendo sus palabras en un libro. Una vez que él baja del monte lee las palabras al pueblo y este se compromete a obedecer las estipulaciones del pacto: “... *Y todo el pueblo respondió a una voz, y dijo: Haremos todas las palabras que Jehová ha dicho*” (V. 3).

Luego, Moisés pide a unos jóvenes que ofrezcan holocaustos y becerros como sacrificios de paz. Entonces Moisés toma la mitad de la sangre y la pone en tazones y la otra mitad la esparce sobre el altar (v. 6). Recordemos que aquí aún no se había construido el tabernáculo, así que este altar fue uno que Moisés construyó al pie del Monte Sinaí, en medio de 12 columnas que representaban a las 12 tribus de Israel, es decir, todo el pueblo estaba representado en esas columnas.

Luego Moisés esparce esta misma sangre sobre el pueblo que, como la contraparte del pacto, se ha comprometido a cumplir con todas las palabras del mismo. Aquí se establece una unión o comunión entre Dios y el pueblo, a través de la sangre, la cual es rociada sobre el altar, el libro del pacto, que representa a Dios, y sobre el pueblo. Solo por medio de la expiación Dios puede acercarse al ser humano caído en pecado. Es por eso que esta es la primera ocasión en la cual al Señor se le llama “El Dios de Israel”. A través de este pacto confirmado con la sangre que baña el altar, el libro del pacto y al pueblo, Dios se convierte

en su Dios personal y nacional. Ahora no solo ellos son de Dios sino que Dios es de ellos. Hay una doble pertenencia, de allí que la violación de las leyes del pacto sería considerado como una afrenta muy grave la cual dañaría y quebrantaría esta relación pactual, dejando de ser Israel el pueblo de Dios, como efectivamente sucedió.

Aunque este pacto requería del pueblo el cumplimiento perfecto de la Ley con el fin de que ellos continuaran siendo pueblo del Señor, no obstante, al ser ratificado con la sangre rociada, se evidenciaba que este pacto también hablaba de gracia. Gracia por la elección, pues, Dios escogió a un insignificante pueblo para ser receptores de sus leyes, gracia, porque Él les concedería perdón y purificación a través del derramamiento de la sangre, no propia, sino de animales que prefiguraban al verdadero Cordero de Dios. En este sentido, hay una continuidad entre el Antiguo y el Nuevo pacto.

Ahora, la sangre de los becerros era derramada para expiación de los pecados, como se evidencia en el ritual del día de la expiación, el cual de seguro estaba en la mente del escritor de la carta, pero ésta también era esparcida o rociada con hisopo. De la misma manera la sangre vertida de Cristo en la cruz fue rociada sobre su pueblo elegido como dice el apóstol Pedro: *“elegidos según la presciencia de Dios Padre en santificación del Espíritu, para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo”* (1 Ped. 1:2). Esto no significa que literalmente la sangre de Jesús cayó sobre cada uno de los escogidos, sino que los beneficios de su muerte fueron imputados a todos los que creen en él.

La sangre mezclada con agua no solo se usaba en varios rituales del antiguo pacto, sino que de Cristo, en quien se cumplen perfectamente los tipos del culto levítico, cuando murió en la cruz, y su costado fue traspasado, también brotó sangre mezclada con agua, como dice Juan 19:34. El mismo apóstol en su primera carta afirma: *“Este es Jesucristo, que vino mediante agua y sangre; no mediante agua solamente, sino mediante agua y sangre.”* (5:6). Jesús no solo vino para justificarnos de nuestros pecados mediante su muerte sangrienta, sino que provee para nosotros la limpieza o la santificación, lo cual es muy bien representado por el agua rociada. El apóstol Pablo afirma que los creyentes hemos sido salvados *“por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración...”* (Tito 3:5). Jesús

también usó la figura del agua para hablar del nuevo nacimiento, es decir, de la entrada al pueblo del pacto, cuando dijo: “*de cierto, de cierto te digo, que el que no naciere del agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios*”. Moisés roció el libro del pacto con agua y sangre, representando con esto la verdad de que la Palabra de Dios es como agua que nos limpia, de ella brota un manantial para nuestra purificación, por eso Jesús dijo a sus discípulos “*Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado*” (Juan 15:3), y también a Pedro “*si no te lavare, no tendrás parte conmigo*” (Juan 13:8).

Como dice Arthur Pink (esta es mi traducción del inglés) “La aplicación de la sangre en el “libro” del pacto fue una insinuación de lo que podría hacer por los pecados cometidos en contra de sus preceptos, y la aplicación del “agua” es contada para su purificación”<sup>1</sup>.

Aunque en Éxodo 24 no se menciona el instrumento con el cual se roció la sangre y el agua, el autor, basado en otros pasajes del Antiguo testamento, concluye que se usó el hisopo, planta rústica e insignificante que se daba en la región de palestina. También se utilizó la lana escarlata. En todo esto hay un simbolismo precioso que es visto con claridad en el nuevo pacto. Jesús mismo es el aspersor de la sangre. El hisopo habla de su humillación al encontrarse en la condición de carne. Esta planta rústica habla de su humanidad, de su humilde apariencia externa. Pero la lana escarlata habla de su gloria personal. El color escarlata o púrpura distinguía a los reyes o poderosos, ellos se vestían con este color esplendoroso.

### **v. 20. “*diciendo: Esta es la sangre del pacto que Dios ha mandado*”.**

La sangre del animal sacrificado era una señal o símbolo de confirmación del pacto que Dios establecía con el hombre. Sin esta sangre no se podía confirmar el pacto, pero luego de haber sido derramada y esparcida, entonces tanto Dios como el hombre quedaban comprometidos para cumplir las exigencias del pacto. Dios se comprometía a dar bendiciones si el hombre cumplía con la obediencia perfecta, Dios daría maldiciones si el pueblo desobedecía. (Deut. 11:26-28). Del pacto antiguo se puede decir que contenía

---

<sup>1</sup> Pink, Arthur. An Exposition of Hebrews. Extraído de:

[http://www.pbministries.org/books/pink/Hebrews/hebrews\\_043.htm](http://www.pbministries.org/books/pink/Hebrews/hebrews_043.htm) En Junio 18 de 2010.

principalmente ordenanzas, pues, no fue dado como medio de salvación, ya que ningún hombre podía cumplir perfectamente con los mandatos de su Santa Ley dada en el Sinaí, pero el nuevo pacto, aunque contiene mandatos, principalmente consta de promesas eternas que no están supeditadas a las obras de los creyentes sino a la obra realizada por el Hijo de Dios con su vida encarnada, su muerte y su resurrección.

Estas palabras de Moisés fueron repetidas, casi textualmente, por el mediador del nuevo y eterno pacto cuando, la noche antes de ser crucificado, dijo: *“Porque esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados”* (Mt. 26:28). El nuevo pacto fue confirmado e instituido por el derramamiento de la sangre de Cristo. A partir de ese momento se hizo vigente el pacto que Dios había prometido a través de los profetas, de manera que Dios y el hombre entraban en una nueva y mejor relación. La sangre de Cristo, así como la de los becerros en la inauguración del primer pacto, puso en una relación especial al pueblo elegido y al Dios santo. A partir de ese momento los elegidos pueden ser llamados sin ninguna duda el pueblo de Dios, y él puede ser llamado el Dios del pueblo. Somos de él y él es nuestro para siempre. La sangre de Jesús lo confirma.

### **v. 21 *“Y además de esto, roció también con la sangre en el tabernáculo y todos los vasos del ministerio”***

La sangre de los becerros no solo fue rociada sobre el altar, el libro y el pueblo, sino sobre los elementos de la adoración en el antiguo pacto. Todos los modos y maneras de adoración fueron purificados por la sangre. El autor nos quiere mostrar con esto que no solo era necesario un sacrificio, sino que la sangre se requería para eliminar los pecados, y en consecuencia, habilitaba a los pecadores para adorar al santo Dios. Es probable que el autor aquí esté considerando las instrucciones que el Señor dio en Levítico 16:14, 16 y 18. En el día de la expiación el sumo sacerdote debía rociar con su dedo siete veces al propiciatorio con el fin de purificar al santuario *“a causa de las impurezas de los hijos de Israel, de sus rebeliones y de todos sus pecados; de la misma manera hará también al tabernáculo de reunión, el cual reside entre ellos en medio de sus impurezas”*. Aunque los muebles y elementos del culto en el tabernáculo habían sido santificados por Dios mismo, y habían

sido apartados para un uso exclusivamente sagrado, no obstante, siendo que eran utilizados por hombres pecadores, entonces eran contaminados y en ese sentido se volvían profanos, de manera que se requería anualmente su limpieza. Esto nos muestra que los medios que nosotros usamos para la adoración solo son aceptados ante Dios por los méritos de la sangre de Cristo.

Esto que acabamos de decir nos da una lección de humildad. Solamente por la sangre de Cristo somos hechos aceptos ante Dios. Incluso los medios que usamos como la oración o el arrepentimiento, o los cantos de adoración, están tan afectados por nuestra imperfección humana, que si no fuera por los méritos del sacrificio de Cristo, sino fuera porque han sido rociados con su sangre, Dios rechazaría esos medios. Como dice Arthur Pink “Lo mejor de nuestros desempeños se han corrompido por la carne. Nuestras oraciones y nuestro arrepentimiento son muy sucios, y no pueden ser recibidos por Dios excepto si venimos como mendigos delante de su preciosa sangre”<sup>2</sup>.

Todo servicio cúllico es defectuoso e impuro, hasta que Cristo lo limpia por medio de la aspersión de su preciosa sangre. Por lo tanto, cualquier adoración que el hombre quiera brindar a Dios, sino está fundamentada en el sacrificio de Cristo en la cruz, es abominable ante él. De allí que a los cristianos bíblicos nos sea difícil aceptar el movimiento ecuménico donde se promueve la aceptación de los rituales y creencias de otras religiones donde Cristo es considerado un simple hombre o su sacrificio no es fundamental o donde no se considera como absolutamente necesario la fe en Cristo. La sangre de Cristo no solo nos limpia del pecado, sino que hace aceptable cualquier acto de adoración que rindamos ante el Santo Dios, quien no acepta nada menos que lo perfecto, pero siendo que somos imperfectos, la sangre Cristo purifica nuestra imperfecta adoración tornándola agradable y perfecta ante el Santo Dios.

***v. 22 “Y casi todo es purificado, según la ley, con sangre; y sin derramamiento de sangre no se hace remisión”***

---

<sup>2</sup> Pink, Arthur. An exposition of Hebrwes. The New Testament. Extraído de:  
[http://www.pbministries.org/books/pink/Hebrews/hebrews\\_043.htm](http://www.pbministries.org/books/pink/Hebrews/hebrews_043.htm) En Junio 19 de 2010



En Levítico 17:11 el Señor le dice a su pueblo *“Porque la vida de la carne en la sangre está, y yo os la he dado para hacer expiación sobre el altar por vuestras almas; y la misma sangre hará expiación de la persona”*. De manera que la Ley requería que casi todo fuera purificado con la sangre. Las únicas excepciones eran algunas pocas cosas que podían ser purificadas con agua o fuego (Lv. 15:10 (la contaminación por muertos) y Nm. 31:22-24 (metales)).

Aunque en el Antiguo Pacto se daban unas pocas excepciones para la purificación con sangre, estas no estaban relacionadas con el perdón, pues, sin derramamiento de sangre no hay posibilidad alguna de recibir el perdón divino. Es imposible el perdón sino hay derramamiento de sangre.

Las leyes del pacto eran sagradas porque procedían directamente del Dios Soberano, de manera que violar estas condiciones se convertía en una gran ofensa para con el Santo Creador, y la única forma de satisfacer su justicia era a través de la muerte. Como dice el comentario Beacon *“Esta es la gran diferencia entre la manera de Dios y la manera del hombre, entre la religión verdadera y la falsa. El hombre toma a la ligera el pecado y se burla de la necesidad de sangre como inherentemente necesaria para el perdón. Pero exigiendo sangre, Dios subraya la superlativa pecaminosidad del pecado; y proveyendo la sangre, revela su infinito amor”*<sup>3</sup>. El Señor, en su gracia, proveyó para el pueblo una muerte substituta, es decir, la muerte de un animal. Pero si el pueblo no sacrificaba el animal, entonces no podían recibir perdón alguno. Esto es claramente ejemplificado en el sacrificio del animal la noche en que Dios mató a todos los primogénitos de Egipto. Todos los primogénitos debían morir, pero aquella casa donde estuviera untada la sangre del animal en la puerta, el ángel destructor pasaría de largo y no moriría el primogénito. ¿Por qué él no moría? Porque se había dado una muerte substituta, es decir, la del animal.

De la misma manera, para que cualquier hombre que haya violado alguno de los mandatos de la Ley divina pueda perdonado y no sufra la muerte eterna que viene como resultado de dicha transgresión, es necesario que otro haya derramado su sangre por él. Esto fue lo que hizo Cristo en la cruz. Él dijo: *“porque esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos*

---

<sup>3</sup> Varios autores. Comentario bíblico Beacon. Hebreos hasta apocalipsis (10). Páginas 112-113

*es derramada para remisión de los pecados”* (Mt. 26:28). Él dio su vida en substitución por los pecadores que fueron escogidos por gracia para creer en él. No hay otro medio por el cual podamos acercarnos al Dios vivo. De allí la terrible ofensa que cometen los hombres contra Dios cuando pretenden acercarse a él, confiando en sus propias buenas obras, o en sus rituales religiosos, esto es una abominación delante de él, pues, es como si muertos en estado de putrefacción aguda trataran de hacer subir un olor agradable ante su majestad divina. Lo único que pueden exhalar es hediondez. Sin la sangre de Cristo, solo podemos ofrecer podredumbre delante del Señor. Como dice Adam Clarke “Todo pecador ha perdido el derecho a su vida por sus transgresiones y la ley de Dios requiere su muerte; la sangre de la víctima, que es su vida, es derramada como substituto de la vida del pecador”<sup>4</sup>. O como dice Robertson “La sangre es el principio vital, y es eficaz para expiación. La sangre de Cristo hecha a un lado todos los demás planes para el perdón”<sup>5</sup>.

### **Aplicaciones:**

- Adoremos hoy al Señor con corazones purificados del pecado, sabiendo que por la sangre de Cristo rociada sobre la adoración que rinde el pueblo, la perfección de Él nos es dada como una cubierta especial haciendo que lo imperfecto se vuelva perfecto. Adoremos hoy al Señor con total convicción porque nuestra imperfecta oración es recibida como olor agradable ante su Trono de Luz, porque allí está el cordero que fue inmolado, el cual, cuando la Santidad del Padre justo está a punto de rechazar la oración porque no exhala el olor que le agrada, él la toma y la baña con el olor agradable de su sangre preciosa derramada en la cruz, y entonces, el Padre amoroso percibe el aroma mas delicioso, el cual brota de la belleza de su propio Hijo, y recibe nuestra oración como si fuera lo más excelso o hermoso que hubiese en el mundo.
- En este estudio hemos aprendido que sin derramamiento de sangre no hay posibilidad de perdón de pecados, pero también podemos decir que “!porque Cristo derramó su sangre, yo

---

<sup>4</sup> Clarke, Adam. Comentario de la Santa Biblia. Tomo III. Nuevo Testamento. Página 608

<sup>5</sup> Robertson, A. T. Comentario al texto griego del Nuevo Testamento. Página 622

he sido perdonado!”<sup>6</sup>, nosotros hemos encontrado el perdón de Dios por medio de su muerte en la cruz del Calvario. Si hemos pecado contra el Santo Señor, entonces tenemos la esperanza de ser perdonados por la sangre vertida en la cruz. Nunca dejemos de hablar de la sangre, nunca dejemos de cantar de la sangre, nunca dejemos de participar en el sacramento que nos recuerda la sangre, nunca dejemos de orar siempre acudiendo a aquel que derramó su sangre. ¡OH, bendita sangre que nos transmite la vida eterna! Recordemos que el perdón es costoso. “El perdón de Dios es costoso. Dios es amor, pero también es *santo*. Él es el que menos puede quebrantar las grandes leyes morales sobre las que está construido el universo. El pecado debe recibir su castigo, o se desintegrará la misma estructura de la vida. Y Dios es el único que puede pagar el terrible precio que cuesta el perdón de la humanidad. Perdonar no es nunca decir <Está bien. No importa.> Es lo más costoso del mundo.

- Si aún no has conocido el poder salvador de la sangre de Jesús, te invito para que hoy acudas a ella, en un acto de sincera fe, confesando tus pecados, arrepentido por haber violado las demandas justas del Santo Dios, y pidiendo al Salvador, a Jesús, que tenga misericordia de ti y te conceda el perdón de los pecados por los méritos de su muerte en la cruz. No tienes que continuar cargando el peso terrible de tus pecados y la culpa que resulta de ellos, hoy es el día aceptable para despojarte de esa carga, confesando tus maldades ante Él y pidiéndole que te conceda el perdón. Recuerda que él dijo: “*Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar*” (Mt. 11:28).

---

<sup>6</sup> Kistemaker, Simón. Hebreos. Página 306